

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Septiembre 2007

EN EL SÉPTIMO AÑO

Paul Rogers

En septiembre se cumplió el séptimo aniversario del inicio de la “guerra contra el terrorismo” que siguió a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Contrariamente a lo que se esperaba en Washington en aquel momento, hay signos claros de que la guerra se prolongará al menos durante una década, y quizá más. Por esta razón, conviene revisar las reacciones iniciales a los atentados para comparar lo que se esperaba con los resultados obtenidos, y examinar las posibilidades de un cambio profundo del enfoque seis años después. Este tema se analiza en el Informe de Seguridad Internacional 2007 *Towards Sustainable Security: Alternatives to the War on Terror* [Hacia una seguridad sostenible: Alternativas a la “guerra contra el terrorismo”], publicado recientemente por Oxford Research Group.

¿Es la Guerra la única opción?

Después del 11-S se produjo una corriente de simpatía generalizada hacia la población de Estados Unidos y el ataque que habían sufrido. Se dio con especial intensidad en Europa, donde una parte sustancial de la opinión pública apoyó la idea de una respuesta enérgica hacia el régimen talibán en Afganistán. Al dar cobijo a Al Qaeda y a su líder, Osama bin Laden, los talibán quedaron vinculados de forma indirecta a las atrocidades. De hecho, mientras que en Estados Unidos bin Laden fue etiquetado inmediatamente como enemigo público número 1, el líder talibán, el mulá Omar, fue incluido segundo en la lista.

La guerra en Afganistán comenzó cuatro semanas después del 11-S y se hicieron escasos intentos en esas cuatro semanas para privar a bin Laden de la protección de los talibán. En lugar de negociar con los talibán, el inicio de la guerra se determinó primordialmente por la concentración de tropas sobre el terreno y el apoyo a la Alianza del Norte. La conexión de la Alianza del Norte fue clave en la estrategia, y al rearmarla se buscó alterar el equilibrio de fuerzas en la guerra civil afgana contra el régimen talibán de Kabul.

Inmediatamente después del 11-S, fue evidente que la Administración Bush estaba decidida a responder utilizando la fuerza de modo abrumador, e incluso en los dos primeros meses hubo indicios de que el Washington contemplaba la posibilidad de extender los enfrentamientos para terminar también con el régimen de Irak.; esta idea, sin embargo, no se hizo notar hasta el mensaje del Estado de la Unión del presidente Bush en enero de 2002, cuando identificó el “eje del mal”, que dejaba patente que el gobierno de Estados Unidos consideraba los atentados como una amenaza fundamental al concepto de New American Century [Nuevo Siglo Americano]. Ello requería necesariamente una respuesta enérgica no sólo para garantizar la seguridad del país, sino también su papel como líder mundial.

Aunque la mayoría de los países occidentales aceptaron derrocar al régimen en Afganistán, no todos los analistas adoptaron esa visión. De hecho, en algunos países occidentales fue una opinión minoritaria la que advirtieron sobre esta medida y propusieron en su lugar una respuesta basada en mayor grado en el respeto al Estado de Derecho. Ésta fue la visión más extendida en el mundo más allá de la comunidad de la Alianza Atlántica.

Un análisis publicado por el Oxford Research Group inmediatamente después de los atentados del 11-S (*The United States, Europe and the Majority World After 11 September* [Estados Unidos, Europa y la mayor parte del mundo después del 11 de septiembre], de octubre de 2001) advertía sobre una respuesta militar contundente, y citaba un documento de Walden Bello, director de Focus on the Global South, de Filipinas. Bello condenaba los atentados como hechos horribles, despreciables e

imperdonables, pero advertía contra lo que denominaba una respuesta de “puño de hierro” que ignorase el contexto subyacente. Señalaba el frecuente uso indiscriminado de la fuerza por parte de Estados Unidos --no sólo en Vietnam-- como causa de la opinión adversa en Oriente Medio y el Sudeste asiático, dirigida en parte contra Estados Unidos por la percibida dominación de la región, pero también contra los estados autocráticos dependientes del apoyo continuado de Washington. Bello concluía que:

“La única respuesta que puede realmente contribuir a la seguridad global y a la paz es que Washington haga frente no sólo los síntomas sino también las causas del terrorismo. Estados Unidos debe reexaminar e imprimir un cambio profundo a sus políticas en Oriente Medio y en el Tercer Mundo, y apoyar cambios que no obstaculicen el logro de la equidad, la justicia y la genuina soberanía nacional para las poblaciones actualmente marginadas. Cualquier otra vía conduce a una guerra sin fin.” (Walden Bello, *Endless War, Focus on the Global South*, septiembre de 2001).

Esta opinión no encontró apoyos en Washington, ya que representaba una contradicción fundamental con el paradigma de “control” dominante. En contraste, el informe del Oxford Research Group afirmaba que:

“En los próximos meses, y quizá años, la acción militar buscará eliminar a las personas y redes de apoyo presuntamente responsables de las atrocidades del 11 de septiembre y, probablemente, tendrá como objetivo destruir al régimen talibán de Kabul. Según la visión de los consejeros de seguridad de la línea más dura de la Administración Bush, también se debe actuar contra Irak y otros países que apoyan el terrorismo antiamericano.

Para la red de bin Laden y sus asociados, se esperará y casi muy probablemente se congratularán de una respuesta militar de tal calibre. Habrán previsto una acción militar muy enérgica y anticiparán un alto número de víctimas civiles y grandes movimientos de refugiados, gran inestabilidad en Pakistán, un aumento de la corriente de opinión antiamericana en Oriente Medio y a un mayor apoyo a su causa...

En resumen, Estados Unidos se embarcará en una guerra prolongada contra fuerzas paramilitares, que verán en ello una nueva fase de violencia cíclica que reforzará su estrategia a largo plazo de expulsar a Estados Unidos de la región del Golfo y provocar el colapso de las elites de la región a las que se oponen de forma contundente.” (pág. 13)

Objetivos de la guerra

Ésta y otras opiniones tuvieron poco impacto en la estrategia de Estados Unidos y hasta principios de 2003 se fueron consolidando los objetivos de la “guerra contra el terrorismo”. Merece la pena recordar las decididas y confiadas expectativas de Washington en aquel momento para contrastarlas con los hechos que tuvieron lugar. Ello nos ayuda a comprender el grado de dificultad de Estados Unidos para desarrollar un nuevo enfoque a la vista los aprietos que está atravesando. En aquel momento, se esperaban tres grandes resultados de la respuesta al 11-S:

Al-Qaeda El régimen talibán en Afganistán sería derrocado y, en gran medida, se debilitaría y dispersaría al movimiento de Al Qaeda. Se esperaba confiadamente que Osama bin Laden y otros líderes serían eliminados o capturados. Aunque no se preveía derrotar a Al Qaeda en un sentido convencional, sí se anticipaba mermarla hasta el punto en que no fuera relevante. Afganistán llevaría a cabo una transición hacia un estado prooccidental estable, con una presencia militar prolongada de Estados Unidos para garantizar la seguridad del país. Una consecuencia de la guerra sería también el establecimiento de bases militares en estados clave de Asia Central, principalmente Uzbekistán. Ello traería a Estados Unidos la ventaja a largo plazo de desarrollar su influencia en una región rica en combustibles fósiles,

especialmente petróleo, y que en aquel momento se encontraba fundamentalmente bajo la influencia de Rusia y podía ser objeto de propuestas de China.

Irak El fin del régimen de Saddam Hussein en Irak sería rápido, en gran parte debido a un asalto aéreo que causara “conmoción y terror”, acompañado de una rápida intervención de fuerzas terrestres móviles bien armadas. La mayoría de los iraquíes lo consideraría una liberación, no una ocupación. Una vez derrocado el régimen de Saddam Hussein, Irak evolucionaría rápidamente hacia un estado firmemente proamericano, desarrollando una economía de libre mercado con una regulación mínima. En muchos aspectos, se convertiría en un modelo para el tipo de mercado abierto que sería necesario en toda la región. Se abriría a la inversión internacional y se garantizaría el acceso a sus inmensas reservas petrolíferas. Se asentaría una presencia militar estadounidense a largo plazo con un reducido número de bases y, aunque el número de tropas sería modesto, la capacidad para un refuerzo rápido a través del Comando Central de Estados Unidos garantizaría la seguridad del país a largo plazo.

Con frecuencia se mantiene que la insurgencia se desarrolló en Irak porque Estados Unidos hizo poco en términos de planificación para la fase post-Saddam, pero esta afirmación dista mucho de la realidad. Durante el primer año de la insurgencia, la Coalición de la Autoridad Provisional bajo Paul Bremer tenía una idea muy clara de lo que era apropiado para Irak. Se tomaron numerosas medidas para asegurar la implantación de un entorno económico muy liberal y había verdadera confianza en que se evitarían en Irak los escollos del mercado que existían en Estados Unidos, sin olvidar las organizaciones sindicales. Así, el país se convertiría rápidamente en un referente del libre mercado.

Irán El cambio de régimen en Afganistán e Irak contendría a Irán. De hecho, este miembro destacado del “eje del mal” estaría tan limitado por los profundos cambios en los países vecinos en sus fronteras este y oeste que se convertiría en un país obediente, nada deseoso de competir con la influencia de Estados Unidos en la región. Esto sería garantizado de forma indefinida por la presencia militar permanente de Estados Unidos en Irak y Afganistán y el control de las aguas del Golfo Pérsico y el Mar Árabe por la V Flota de Estados Unidos. A pesar de la merma de Al Qaeda, el aumento de la influencia en Afganistán y en Asia Central, y la ventajosa transición en Irak hacia una economía de mercado pro-occidental, muchos cargos de la Administración Bush consideraron la contención de Irán como el auténtico premio emanado del éxito de la “guerra contra el terrorismo”.

Realidades

Confiadamente se esperaba que estos resultados se habrían conseguido prácticamente para finales de 2003, lo que garantizaría la seguridad de Estados Unidos y su dominio económico en Oriente Medio, especialmente en la región del Golfo Pérsico. Su logro sería bienvenido, dada la creciente importancia de las reservas de petróleo de la región y el aumento acelerado de la dependencia de las importaciones de crudo por parte de Estados Unidos y China. Sobre todo, se habría plasmado la idea de New American Century que estaba en el corazón del pensamiento neoconservador en Estados Unidos. De hecho, no sólo se habría eliminado la amenaza a esa idea que representaban las atrocidades del 11-S, sino que precisamente la demostración de poder y decisión mostrada por la vigorosa iniciativa de la “guerra contra el terrorismo” demostraría ahora el liderazgo mundial americano.

Seis años después del 11-S e iniciando el séptimo año de guerra, la realidad es radicalmente distinta. Al Qaeda está mucho más dispersa y este mismo hecho dificulta enormemente la tarea de realizar el seguimiento de la organización y combatirla, especialmente cuando aumenta el apoyo procedente de las diásporas diseminadas por toda Europa. Osama bin Laden, Ayman al Zawahiri y el mulá Omar se mantienen incólumes, se han producido atentados en muchos países, incluidos Reino Unido, España, Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Turquía, Jordania, Arabia Saudí, Yemen, Kenia, Pakistán e Indonesia, y se ha registrado un aumento significativo del antiamericanismo en todo Oriente Medio y otros lugares. Aunque la mayoría de los musulmanes rechaza la violencia del movimiento, hay un sentimiento

profundo de rabia por cómo han conducido la guerra Estados Unidos y su menguante coalición. Las cadenas de noticias por satélite Al-Jazeera y Al-Arabiya ofrecen información las 24 horas sobre la violencia en Irak, Afganistán y otros lugares, centrándose con frecuencia en las víctimas civiles.

Se desconoce el recuento total de víctimas pero es probable que superen las 100.000 muertes de civiles sólo en Irak. Más aún, muchas de las funciones de seguridad en Irak y Afganistán se han privatizado, y los contratistas pueden operar con casi total impunidad. Se ha detenido a más de 100.000 personas, algunas por periodos superiores a cinco años y casi todas sin acceso a ningún sistema judicial reconocido. Por el contrario, el abuso de prisioneros, su "rendición" a otros países y la tortura se ha convertido en características de la forma occidental de conducir la guerra.

En el sur y sureste de Afganistán y en el oeste de Pakistán se ha desarrollado una amplia zona ahora dominada por los *señores de la guerra*, las milicias talibán y elementos de Al Qaeda, ayudados en gran medida por el espectacular aumento del cultivo de opio y el dinero que genera el tráfico de heroína. El regreso de los talibán/Al Qaeda ha sido sorprendente y supone un foco que mina el régimen de Musharraf en Islamabad y amenaza la estabilidad del gobierno de Karzai en Kabul. Incluso permite a Al Qaeda proyectar acciones fuera de la región.

El resultado más sorprendente se plasma quizá en dos elementos del conflicto en Irak que han destacado en los últimos meses. El primero es cómo Irak se ha convertido en una zona de entrenamiento yihadista en que jóvenes paramilitares de toda la región adquieren una experiencia en guerrilla urbana contra el ejército bien armado y bien equipado de Estados Unidos. Esto es aún más relevante para los objetivos de Al Qaeda a largo plazo que la experiencia adquirida por una generación anterior que combatieron a un ejército soviético mal entrenado de soldados forzosos en el Afganistán de los años 80.

El segundo elemento resulta de que la forma en que se terminó con el régimen y el consiguiente conflicto en Irak ha aumentado el poder e influencia de Irán. El fin de los regímenes en Irak y Afganistán podría esperarse que redujera las ambiciones de Irán, pero ha tenido el efecto contrario. Después del 11-S y mientras amenazaba la idea de la guerra con Irak, se extendió la visión en la Administración Bush de que "si lo hacemos bien en Irak, no nos tendremos que preocupar de Irán". En Irak no se ha hecho bien y ello está en la base del actual antagonismo con Irán, un antagonismo que se profundiza con las acusaciones de la implicación de Irán en la insurgencia en Irak y las sospechas sobre el programa nuclear civil iraní.

A pesar de la propaganda política que ha rodeado el reciente aumento de tropas en Irak, fuentes militares bien informadas anticipan que la presencia militar estadounidense en Irak se mantendrá al menos durante otra década. De forma similar, se prevé que la guerra en Afganistán tendrá una duración parecida. De hecho, se cree que habrá una presencia de Estados Unidos en los dos países que, efectivamente, será permanente. Además, no puede descartarse una confrontación militar directa con Irán antes de las elecciones presidenciales del 2008.

Alternativas

Distanciarse de la actual postura de la "guerra contra el terrorismo" implicaría cambios profundos que se analizan en profundidad en el nuevo Informe de Seguridad Internacional de Oxford Research Group mencionado anteriormente y podría incluir, entre otros, los siguientes aspectos:

- Un descenso radical de las acciones militares en Afganistán, especialmente en el uso de los bombardeos aéreos en paralelo a la disposición a incluir a ciertos elementos talibán en el proceso político.
- La retirada militar de Irak realizada junto a negociaciones diplomáticas con actores regionales, que incluirían a Siria e Irán.

- El respaldo decidido a un arreglo justo del conflicto entre Israel y Palestina.
- El apoyo a los derechos humanos y la mejora de la gobernabilidad en todo Oriente Medio.
- El cese de las detenciones sin juicio, el abuso de prisioneros, la tortura y la “rendición”.

Algunos de estos aspectos se han comenzado a debatir en mayor profundidad de una forma relativamente nueva, por ejemplo, cuando el Ministro de Defensa, Des Browne, dice que las negociaciones con los talibanes son necesarias. Sin embargo hay pocos indicios de un cambio sustancial de enfoque en Estados Unidos, al menos en los próximos quince meses. Esto se debe en gran medida a que se mantiene la creencia de los objetivos originales de la “guerra contra el terrorismo” son esenciales para la seguridad de Estados Unidos; más aún, son clave para lograr el objetivo superior de su liderazgo mundial. Entre los que apoyan la idea de New American Century, ya sean neoconservadores o firmes realistas, incluso la impopularidad de la Administración Bush no es razón suficiente para renunciar a este propósito. Hacerlo supondría, en su opinión, pedir demasiado a Estados Unidos; en política exterior supondría un desastre mayor que la retirada de Vietnam y los apuros mayores a los actuales a los que conduciría hacen que no sea considerado seriamente.

A la vista de los problemas de la Administración Bush se podría asumir que, al menos, se considerará un reenfoque de sus políticas. El hecho de que esto sea improbable se debe en gran medida a las expectativas originales de la “guerra contra el terrorismo”. Es fácil olvidar que las perspectivas se presentaban muy halagüeñas a principios del 2002 y parecían confluir todos los factores para el éxito, lo que conducía a reafirmar la premisa del liderazgo global de Estados Unidos que había resultado dañada con el 11-S. Recordar todo ello es esencial si tratamos de comprender por qué sería tan difícil para cualquier gobierno estadounidense, presente o futuro, alejarse del actual paradigma de seguridad.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos vía e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra en condición de hacerlo. Traducido al castellano por Nuria del Viso.



Copyright © Oxford Research Group, 2007

Ciertos derechos reservados. Este informe se encuentra licenciado bajo Atribución-NoComercial-NoDerivada Licencia 3.0 de Creative Commons. Para mayor información visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.